

Andrés Donoso Romo, *La educación en las luchas revolucionarias*, Santiago de Chile, Quimantú, 2018, 168 págs.

Toda reseña bibliográfica comienza con una pregunta ¿de qué manera presentar un libro? Debido a la variedad de textos que se nombran bajo ese formato pueden emprenderse un sinnúmero de caminos para darlos a conocer. A riesgo de generalizar en exceso, podrían sintetizarse dos orientaciones. La clásica, en la que el comentador introduce y meramente describe los objetivos, capítulos y reflexiones más importantes del trabajo abordado. Los críticos de esta postura sostienen que los libros están para ser leídos y que justamente al leerse pueden encontrarse dichos contenidos. La segunda orientación enfatiza los diálogos más que las descripciones, por lo cual presenta las producciones en el marco de problemáticas y preguntas más amplias que interpelan a un conjunto de autores e investigaciones.

La obra que nos ocupa puede ser interpelada bajo la segunda modalidad. A primera vista, el trabajo del antropólogo chileno Andrés Donoso Romo se presenta como un estudio sobre la relación entre procesos pedagógicos y transformación social en la historia reciente latinoamericana, en especial en los años sesenta y setenta, a través de la producción de tres grandes intelectuales, indiscutibles referencias político-culturales: 1) el pedagogo austríaco-mexicano Iván Illich (1926-2002), reconocido y discutido por sus disruptivas intervenciones en el campo de la medicina, la teología y la educación; 2) el pedagogo brasileño Paulo Freire (1921-1997), quien desde un ambiente social adverso no sólo llegó a convertirse en doctor en Filosofía e Historia de la Educación de la Universidad de Recife, actual Universidad Federal de Pernambuco, sino en cita ineludible en el ámbito educativo; y 3) el mítico militante guerrillero argentino-cubano Ernesto Guevara (1928-1967), representado por Ricardo Piglia como el “último lector”, por su obsesiva incursión en el mundo de las letras.¹ Sin embargo, y más allá de su temática particular, el libro de Donoso Romo pone en cuestión tres problemáticas que son discutidas en investigaciones sobre la historia reciente, en especial aquellas que intentan vincular la política con el mundo educativo, universitario, con los intelectuales y con los movimientos estudiantiles. Dichas controversias están siendo revisitadas actualmente en distintos países de la región al cumplirse el cincuentenario de los acontecimientos de 1968.

La primera problemática que enmarca el libro de Donoso Romo se relaciona con la pregunta ¿qué ocurre cuando uno estudia un tema con el que se siente identificado? En un intercambio con Silvia Sigal, el intelectual argentino Oscar Terán plantea el tema en los siguientes términos: “¿qué pasa cuando uno pretende ser antropólogo de la propia tribu o de una tribu que lo interpela de algún modo?”² Para responder retoma a Tzvetan Todorov, autor de *La conquista de América*, y distingue tres maneras de relacionarse con lo que uno investiga. La

¹ Ricardo Piglia, *El último lector*, Buenos Aires, Anagrama, 2005.

² Oscar Terán y Silvia Sigal, “Los intelectuales frente a la política”, *Punto de Vista. Revista de Cultura* (Buenos Aires), núm. 42 (1992), pp. 42-48.

primera es la del *experto* o *tecnócrata*, que exige la mayor distancia entre la subjetividad y el “objeto” abordado. La segunda, en el otro extremo, carece de toda distancia y sólo lleva adelante una repetición de las consignas de los actores y experiencias analizadas. La tercera, en cambio, es una forma comprometida que intenta superar ambos polos. Se trata de moverse ni demasiado cerca ni demasiado lejos de lo que uno estudia. Mantener una distancia crítica, pero como lo que está en juego también son pasiones, tragedias y apuestas políticas, el investigador no puede evitar posicionarse y discutir.

Esta última forma es la que intenta Donoso Romo para acercarse a los años sesenta y setenta, con compromiso pero de manera crítica, a través de tres figuras político-intelectuales complejas que muchas veces son reducidas a lemas y frases políticamente correctas. Frente a ello, el autor elige mostrar el carácter zigzagueante de las trayectorias de Illich, Freire y Guevara y las tensiones que afloran en su pensamiento sobre la educación. Un ejemplo cabal es cuando Donoso Romo se hace este tipo de preguntas: ¿por qué luego de exiliarse tras el golpe de Estado en 1964, Freire, el “gran exponente” de la educación popular y la pedagogía del oprimido, decide a finales de esa década abandonar América Latina y radicarse en la Universidad de Harvard, en Estados Unidos? Dicho sea de paso, no elige irse de cualquier país, sino de Chile, que en 1969 era un espacio que no sólo experimentaba el crecimiento de la izquierda que va a culminar con el triunfo de Salvador Allende y de la Unidad Popular al año siguiente, sino un importante auge de las ciencias sociales dinamizado en parte por los propios exiliados brasileños. Lo interesante del libro reseñado es que asume esta clase de preguntas sin caer en las exaltaciones acrílicas o en las posturas condenatorias habituales, con el rigor historiográfico y el compromiso que esa tarea conlleva.

La segunda problemática con la que dialoga y debate el trabajo de Donoso Romo está vinculada a lo que el historiador argentino Omar Acha define como *violentología de la historia reciente*,³ es decir, el conjunto de enfoques e investigaciones que reducen las décadas de los sesenta y setenta a la cuestión de la violencia y la lucha armada. Existe a la vez otro conjunto de estudios un poco más refinados que si bien parecieran escapar a la *violentología* mencionada, sostienen la tesis de la *disolución de la cultura*. Clásicos como la *Biblioteca del movimiento estudiantil* de Manuel Antonio Garretón⁴ o *La batalla de las ideas* de Beatriz Sarlo,⁵ argumentan que la politización y radicalización de esos años a lo único que llevaron fue a la disolución de la cuestión intelectual, universitaria y pedagógica por la *primacía de la política*.

Ante este panorama bibliográfico, *La educación en las luchas revolucionarias* tiene una doble potencialidad. Por un lado, muestra de manera crítica que las controversias sobre cultura y educación fueron importantes en esa etapa de la historia reciente, pese a la fuerte gravitación de la política. Esto lo

³ Omar Acha, *Un revisionismo histórico de izquierda*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta, 2012.

⁴ Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez, *Biblioteca del movimiento estudiantil*, Santiago de Chile, Ediciones Sur, 1985.

⁵ Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas*, Buenos Aires, Ariel, 2001.

expresa en su remembranza de Illich, Freire y Guevara. Con el primero repasa los debates que generaron sus reflexiones sobre la escolarización y su crítica a la escuela obligatoria. Si el peruano José Carlos Mariátegui pretendía dotar al sistema educacional de mitos acordes con la revolución, Illich, en cambio, entendía que nada se lograba sustituyendo unos mitos por otros, ya que la escuela obligatoria estaba al servicio del modo de producción industrial, sea en su vertiente capitalista o socialista.

De Freire, Donoso Romo analiza sus ideas en torno a la pedagogía y la educación popular, y muestra a la vez sus experiencias en Brasil y Chile, como en Nicaragua y Granada. En este punto, sobresale la revisión del exitoso proyecto de alfabetización de adultos que Freire llevó adelante en la ciudad de Angicos, en el nordeste de Brasil, plan retomado por el gobierno de João Goulart (1961-1964) en la Campaña Nacional de Alfabetización.

Finalmente, tampoco escapa a la cuestión educativa el caso de Guevara, dado que resalta la importancia que éste daba a la dimensión cultural en su teoría del foco y en la construcción del hombre nuevo. Así, analiza las instancias educacionales desplegadas por la guerrilla, tales como la experiencia de la Escuela de Reclutas del Ejército Rebelde en el contexto de la Revolución Cubana y los distintos debates de Guevara en relación con los estímulos morales que proponía para fomentar cambios estructurales en la economía, desde su desempeño en la dirección del Banco Nacional o el Ministerio de Industrias de Cuba.

Otro mérito de la obra reseñada es la potencialidad de abordar las reflexiones de estos tres referentes político-culturales no sólo en forma abstracta o unidimensional. Donoso Romo muestra cómo sus ideas sobre la educación se articulaban y tensionaban de múltiples formas con posicionamientos sobre la lucha armada y la violencia política, sea en el caso de Illich —quien le restaba importancia a esas experiencias a la hora de pensar los problemas políticos y que incluso llevaba adelante un esfuerzo por desalentar los mecanismos que las provocaban— o en el de Freire y Guevara —tributarios de las visiones de izquierda más instrumentales que justificaban formas de violencia revolucionaria en contraposición a las del Estado capitalista y las clases dominantes. Para sintetizar, puede decirse que el trabajo de Donoso Romo hace un gran esfuerzo para no caer ni en la primacía de la cultura ni en la preponderancia de la política, sino que elige transitar estas dos esferas de manera dialógica y en múltiples planos y referencias.

El tercer y último punto que enmarca el libro en cuestión es un problema que se manifiesta constantemente en el campo de la historia reciente: la hiperespecialización temática. A riesgo de sobredimensionar, debe señalarse que en congresos y revistas académicas a veces se observan investigaciones que conciben sus experiencias de análisis de forma estanca: por un lado está el movimiento estudiantil, por otro los intelectuales, en otro más la Universidad y en el horizonte el mundo de la política. Pareciera que se trata de actores casi autónomos, independientes y con “historias propias”, fuera de las complejas redes de relaciones sociales de las que forman parte y en las que se ponen en juego distintas grupalidades y

orientaciones en disputa. De manera figurativa, volvemos a esa antigua discusión que se sintetiza en el dicho: “que el árbol no tape al bosque”.

En esta clave, el libro de Donoso Romo aporta varias herramientas, a pesar de ser en esencia una historia intelectual sobre la educación y la pedagogía en los sesenta y setenta. Por medio de su reconstrucción historiográfica relaciona las propuestas de Illich, Freire y Guevara con los debates que atravesaban los movimientos estudiantiles y las ciencias sociales de esas décadas, donde aparecen en el centro de la escena las polémicas entre el desarrollismo, la teoría de la dependencia y la teología de la liberación. En sus páginas se registra desde la creación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en 1948, la publicación de *Dependencia y desarrollo en América Latina* de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto en 1969, hasta la aparición en 1971 de *Teología de la liberación*, del peruano Gustavo Gutiérrez. Todo ello sin dejar de lado los entredichos que se suscitaron en la experiencia cubana en torno al problema de los intelectuales comprometidos y revolucionarios, tópico que el autor retoma sin esquivar importantes referencias.⁶

Las fechas que se estampan como aniversarios son ambivalentes. Muchas veces son acompañadas de relatos estandarizados y oficiales que obturan el debate sobre experiencias históricas precedentes. Pero también son oportunidades para desmarcarse de las pautas establecidas y apostar por nuevas lecturas de acuerdo con los desafíos del tiempo presente. *La educación en las luchas revolucionarias* aparece en un momento signado por los 50 años de los hechos de 1968, fecha que, si bien a veces es reducida a los movimientos estudiantiles, vuelve a poner en debate las décadas de los sesenta y setenta latinoamericanos en su conjunto, tanto en el plano político-cultural como en el social. En tal sentido, el trabajo de Donoso Romo contribuye con nuevos enfoques y análisis que buscan una distancia crítica pero comprometida, intentan escapar a la violentología de la historia reciente y se esfuerzan por situar sus experiencias de estudio en una compleja trama de actores y discursos. En este camino vale la pena la lectura del libro que nos convida el investigador chileno, aunque tampoco queda exento de las controversias que suscita esa compleja aventura de volver a los sesenta.

Nicolás Dip

⁶ Véase Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.